

Frente al mundo que nos quieren vender



Algunos dicen que la literatura no sirve para nada. Que es una pérdida de tiempo en este mundo amorfo, un desperdicio, una entelequia intelectual mal retribuida.

Quizá se deba al hecho de que el hombre ha dado muestras inequívocas de su indolencia. Que en su totalidad, apenas si se reconcilia con la realidad de la que forma parte y que, incluso, confunde productividad, rentabilidad y ren-

dimiento con belleza, talento y sensibilidad. Usa las palabras como si fueran puerilidades, solo para no verse obligado a decir lo que se espera de un hombre.

Es egoísta. No ofrece nada al otro, ni siquiera cuando le sobra. Vive encerrado en su mezquindad, prefiriendo no responder por este mundo a punto de derrumbarse, cuando es el único que podría salvarlo.

Así las cosas, ocuparse de la literatura –leer literatura, escribir literatura– aquí y ahora es un acto de amor. Una prueba de amor. Es que el amor exige declaraciones, confesiones, escrituras de lo que se siente. Habla de lo que uno quisiera que ocurra. ¿Pero cómo amar sin que los demás se enteren? ¿Sin hacer pública una pasión que alberga los cuerpos en la penumbra de un cuarto? Se vive con la esperanza de alcanzar el amor; si no hay amor, nadie quiere vivir.

Por eso, aunque no lo parezca, la literatura se emplea para aplacar las tormentas del hombre –las públicas y las privadas–, para redimir a una mujer o a un hombre o para llenar el corazón de ese sentimiento llamado amor.

Quizá la literatura está siendo menospreciada en este siglo, pero no ha muerto, como tampoco ha muerto el amor, ni morirá.

En medio de las turbulencias que vivimos, algo queda. Como este grupo de estudiantes de Escritura Creativa que escriben para Digresiones VI: Estefany Aceldo, Nicolás Aguirre, Wendy Armijos, Alexandra Benalcázar, Alex Berrones, Josselyn Calderón, Jersson Cañadas, Rubén Chávez, Deivin Maldonado, Beto Morales, Andrés

Naranjo, Daniel Noboa, Mireya Piñeiro, Jonathan Quishpe, Adrián Ramírez, Raúl Ramírez, Diego Real, Adriana Rosero y Jacqueline Vizcaíno; puñado de jóvenes que se observa a sí mismo, que describen el mundo, su mundo, con cuentos, relatos y ensayos que conforman la presente entrega. Sueñan con las peripecias que la vida no les deja vivir y se repiten, crueles, que esa misma vida les exige riesgos, sueños y fracasos. Y quizá eso resulte no solo una muestra de que la literatura sirve, sino de que el amor existe.

Es la lección que nos dejan los autores de las páginas que siguen.

Fabián Guerrero Obando